

Lynn Cruz

TERMINAL



De la presente edición, 2020

© Lynn Cruz

© Editorial Hypermedia

Editorial Hypermedia

www.editorialhypermedia.com

www.hypermediamagazine.com

hypermedia@editorialhypermedia.com

Edición y corrección: Ladislao Aguado

Imagen: Fragmento de un cuadro del artista Samuel Riera, editado por Miguel Coyula.

Diseño de colección y portada: Herman Vega Vogeler

ISBN: 978-

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

BEBO MÁS GRANDE

Bebo vivía en un edificio próximo al mío. Tenía como tres hijos mayores que yo. A pesar de su pedofilia, nunca tuvo problemas con la justicia. Sabía disimular muy bien. Además, se conformaba con tocar.

Él trabajaba en los camilitos, en los mismos donde años más tarde comencé a estudiar. Bebo nunca cambió, allí se ocupaba de la imprenta. Tenía la categoría de civil de las FAR, por lo que no vestía de uniforme. Se mantenía cerca de los papeles y los libros.

Sandra no estaba preparada para el examen de química y conocía de la debilidad de Bebo. Ahora, y con los años, Bebo había cambiado las muñecas de porcelana por exámenes. Sandra estaba a punto de perder la escuela por bajo índice académico. Siempre fue precoz, de un cuerpo tipo criollita de Wilson, labios gruesos, y un verbo locuaz: quería ser curadora de arte.

Bebo creyó que se aprovecharía de ella, pero Sandra lo engañó, o, tal vez, se usaron los dos. Ella coqueteaba con él, a cambio de salvar su año. Sandra nos pidió ayuda a Dunia y a mí. Nosotras lo entretuvimos con

preguntas absurdas, mientras Bebo trataba de aproximarse. Corrimos como locas dentro de aquel almacén. Volví a la infancia, escapando ahora de un viejo sapo.

Los del departamento de Contra Inteligencia Militar, sospechaban de él. Se habían dado escándalos con otros exámenes. Sandra apareció con un pomo de orine en las manos y le dijo:

—Mira, tuve que orinar allá atrás, porque no podía aguantar más.

Bebo estaba excitado. Sandra arrancó el examen de química del bulto de papeles amontonados, y salió corriendo.

Desde las escaleras veíamos una parte del rostro de Bebo. Nos enseñaba el rabo agarrado entre las manos. Gritaba fuera de sí: ¡No se vayan! ¡Esperen! Quería terminar su función. Nosotras partimos sin mirar atrás, como diría un bolero. Al final, Sandra no pudo salvar su año, ni Bebo su pellejo. Pero Bebo nunca fue acusado de acoso sexual, sino de fraude. Solo quedamos en la escuela Dunia y yo.

LOS ASESINOS

Ya no sé ni qué hora es. Siento el sabor del chocolate, pero al mismo tiempo es fresa. Es posible que sea el remanente de la fresa en la boleadora. Pude haber llamado a Dunia, de mis amigas aquí solo queda ella, y es la que más cerca vive. Sandra escribe cada vez menos. Lo que me atrapa es la idea de tener un destino, el poder de controlar la ruta, por eso no me fui a dormir a casa de Dunia.

Es de noche, a esta hora disminuye el tráfico, puedo terminar mi helado en medio de la calle y sentir el chirrido de las ruedas de mi maleta. La luna está enorme, pero no es la luna de mi destino. Se me antoja que en este instante es solo mi luna, y si no permanezco estática, estaré viendo la otra cara. Giro en círculos continuos:

—¡Quédate! ¡Quédate!

Con los ojos cerrados, la frialdad del disco me golpea la frente, mis pies son más livianos, me yergo libre y dibujo un paisaje sin cielo. La luz no me deja ver la calle. Tengo tiempo, dos fechas... 3 de junio de llegada... no saber mi fecha de salida no es noticia.

Me descubro en el cristal de una vidriera... aún espero. Mi doble en el espejo reacciona y me separa de la noche. Un reflejo me espanta, pero me detengo a mirar en el borde izquierdo, donde se refleja la misma escena de Mimí debajo de la farola. Esta vez, en el extremo opuesto sin luz. En el suelo distingo los tacones que se sacuden de la golpiza y caen vencidos. Mimí es golpeada por dos hombres. ¿Los mismos de antes? ¿Los que hace un rato coqueteaban?

—¿Tienes hora?

—No

—¿Sabes a qué hora se retoman las entradas?

—¿A las 6?

—No sé, te estoy preguntando.

Me devuelvo y la escena ha quedado completamente vacía. Un nudo en la garganta me enmudece y el hombre de rojo espera una respuesta hasta que rompe el silencio incómodo, él tampoco se ha podido ir.

—La vieja sí se fue a dormir, pero a mí la noche no me hace daño. Yo soy custodio, lo que pasa es que estoy de vacaciones y queremos estar unos días con la nieta. Dicen que aquello se ha puesto violento, hace mucho que no voy por allá. Mi hija trabaja en una escuela de música y me contó que al padre de una compañera, una de sus alumnas lo asesinó a sangre fría. Resulta que ella tocaba en la orquesta de la escuela, estaba mal de la cabeza. A la orquesta la invitaron a tocar en Luxemburgo y el profesor no la incluyó en la selección, porque la chiquita estaba en medio de una crisis. Creo que es hasta esquizofrénica. El caso es que él no la dejó viajar, y dicen que ella dijo: «Le voy a dar por donde más le duele».

Llegó a su casa, el padre de la profesora abrió la puerta, supongo que hasta lo conocía, era un hombre

anciano, y le entró a puñaladas. La policía llegó y ella estaba lavándose las manos ensangrentadas en el fregadero, ¡qué cosa tan grande!

—Escalofriante.

—¡No!, y otro custodio que se cayó en uno de esos huecos que hay en todas las aceras, lo encontraron muerto al tercer día, y eso, por el olor, porque el viejo vivía solo.

Yeyé no ha regresado. Al parecer nadie notó nada, excepto yo. Este hombre no se ha dado ni por enterado. ¿Habría sido una visión? ¿A qué vienen esas historias? ¿Tendrá él algo que ver...? Es absurdo, ese hombre se ve que no mata ni una mosca.

Dunia me contó, que en la parte de afuera de un hospital, había un hombre tirado en el suelo. Llamó a los paramédicos, pero le dijeron que no tenían a dónde trasladarlo. Qué ironía, los camilleros dijeron que no había camillas. El hombre estaba inconsciente. Ella les dio veinte pesos y de inmediato apareció la camilla.

Mi mente está desvariando, puede que hasta tenga fiebre. No pasa nadie para recoger el cuerpo de Mimí. Del otro lado está el bar, y yo solo distingo a Rafael, el que vende los objetos usados, y no entiendo por qué me martilla tanto en la cabeza.

Hoy sí no me pudo decir que tenía peste, pero me dijo que la ropa no estaba bien lavada. No se queda bien con ella.

—Rafael, vete.

—Yo te quiero.

—Yo también, pero no es suficiente.

—¡Claro!, poderoso caballero «Don Dinero».

—El niño no ha comido hoy.

—Ya tengo un sustituto, por supuesto.

Su esposa lo dejó por otro. Ahora Rafael está solo, es alcohólico y vive prácticamente en la indigencia. En pocas palabras, ella lo abandonó por pobre.

No me gustó que ella le gritara al niño delante del tipo ese. Me dijo que yo formaba parte de una estructura, y que fue la estructura la que no la dejó ser feliz. Quiero ver cómo salgo de esto para ayudar más al niño. Hoy me volvieron a dejar quemado con las revistas. Voy a bajarme un traguito, está haciendo tremendo frío.

Retengo a Rafael en mi diario. Trato de no aproximarme mucho, porque no quiero que piense mal de mí.

—Mijo, ¡qué cambio!

—¿Viste? Uno tiene que cambiar el *lux* de vez en cuando, es que fui a ver a una jebita que tengo.

—¡Ah, sí!, qué bien ¿tú vas a entrar a la terminal?

—Después de que me tome este traguito.

—Chico, ¿tú no viste a mi amiga por el camino?

—No.

Yeyé parece estar desesperado. Observa con detenimiento a Rafael, y bebe.

Este Rafael ni bañado huele bien, tiene la peste incrustada en la piel. ¿Dónde se habrá metido esta loca ahora? Quedamos en vernos aquí. Ella gozando y una aquí, con la cabeza hecha agua. No sé qué hacer, si me voy y le pasa algo, ¡ay, pinga, qué va!, juntas hasta que la muerte nos separe. ¡Por Dios, ni jagan-do! Mira que hay un pedido de pájaras en el cielo.

Escondo mis manos heladas debajo del abrigo.

El reloj de la estación se detuvo.

Ya cerró su ventanilla el hombre que pesa el equipaje.

Pestañeo con frecuencia, pero no quiero dormir.

Regreso al cristal y busco lo que queda de madrugada.

A lo lejos distingo el paso de Yeyé. Sigue el mismo camino que Mimí, a la derecha del parque. Se aleja.

Del otro lado los boteros, si saben algo, en cuanto me vean llegar harán silencio.

E:

Estuve aquí. Hace días no sé nada de ti. Perdóname.

Lláname por favor.

A.

Las imágenes se agolpan en mi mente. Mi pasado con E, mi pelea con F. El rostro de mamá loca. Mi hermano desaparecido. La consabida ausencia de papá. Papá disfrazado de capitán del Ejército Occidental. La voz de Dunia me cuenta que vio a mi hermano saliendo para el refugio cerca del matorral.

Mamá lee un libro de sicología austriaca.

¿Cómo educar a los niños?

«Se deben vigilar los juegos de los varones, si juegan con niños más grandes, los grandes pueden abusar sexualmente de los más pequeños».

Recuerdo la expresión de susto de mi hermano. Apareció muy tarde: a él, a Richard y a su hermano, los habían amarrado y los tenían bastante lejos de la casa, dentro de un pozo sin agua.

Si Yeyé hubiera pasado diez minutos antes por aquella esquina.

10 minutos antes del atraco.

- Voy a dar una vuelta a ver si veo a Mimí.
- Espérate, te invito.
- ¿Tú?
- Sí, para que veas que yo no tengo prejuicios.
- Esto sí es un acontecimiento.
- Vamos a brindar... ¿por qué brindamos?
- No sé, por el porvenir.
- Este barcito empezó siendo nada, ¡han prosperado!
- ¿Tú sabes la cantidad de borrachos que hay en esta ciudad?
- Demasiada presión, mírame a mí, licenciado en Física, di clases en todas las secundarias de esta provincia... pero no hago fraude.
- Ay, mijo, yo sí soy brutísima, fíjate que llegué a noveno grado, porque me regalaron las notas.
- A mí no me importa tanto lo de la calle, es que no quiero problemas con mi hermana, me voy a desgraciar. La vieja no tiene la culpa. Mi hermana tiene un marido presidiario y el tipo las aterroriza, me manda recados con la vieja para que ni me aparezca por allá.
- Rafa, tú tienes derecho, no seas bobo, lucha lo tuyo, porque te van a dejar sin nada.
- Yo le construí una casa a mi mujer y un buen día me dejó por otro. Al final me engañó, y lo que más me duele es que al niño lo esté criando el tipo ese, ¿tú sabes lo que es eso? Yo vivía para ellos y lo que tengo ahora es el cielo y el puestecito de mi lucha.
- Mírame a mí, en este negocio he pasado por todo, hasta me acosté con el que despingó a una de mis amigas. Me lo dijo todo en la cama. Imagínate que le dio veintiuna puñaladas. Pero lo que no le he contado a nadie es que volví a acostarme con él después de saberlo. Me volví loca con su guapería y su voz ronca. Ahora me pesa.

—¿Otro traguito, Yeyé?

—Un momento, ¿esa es la hora? Tengo que irme, quedé con Mimí. Nos vemos, Rafa, aquí lo que no hay es que morirse.

Me entretuve con la charla. Yeyé salió un poco contrariado del bar.

¿Qué querrá conmigo? Yo creo que le gusto. Él no luce mal, además tiene una sonrisa...lo de la peste se resuelve con un estropajo. Con lo miedosa que es Mimí, me extraña que a esta hora no haya llegado. Mañana encargo los materiales que me faltan. Mi mamá también quiere que la acompañe al hospital. No tengo nada para llevarle al médico.

Rafael lo sigue de manera discreta con la vista.

A veces a uno se le olvida que es un tipo, pero si toco debajo de la saya me llevo un susto del carajo. Tengo que ponerme las pilas con El Buitre, me tiene seco robándose la clientela. Voy a tirarme un rato.

*No habrá nunca una puerta. Estás adentro y
no tiene ni anverso ni reverso, ni externo muro
ni secreto centro.*
Jorge Luis Borges

*El regreso de este viaje no es cualquier regreso. Mi
vida cambió para siempre.*
L.

Fue la madrugada más fría de mi vida. La luz asomó anunciando el día. Toda fealdad desapareció al amanecer.

cer. Cuánto frío debajo de su espalda y mis ojos en su cuerpo atravesado en la línea. ¿Cómo llegó hasta aquí?

Al fondo, la ciudad. Nunca había visto un rostro así, enajenado de sí mismo. Una línea delgada de sangre en la parte superior de su labio bajaba hasta la garganta. Los zapatos ya no estaban, pero sí la falda fucsia y la blusa sucia. Al final, el fierro de los raíles hasta el infinito, y su cadáver suplicándoles: no me abandonen. La hilera de ferrocarriles vacíos anunció el final de su viaje... Ausente, los ojos en blanco, la boca de Mimí es una mueca... *C'est fini*.

Mi viaje se trastocaba ahora en el viaje hacia la morgue... hacia la investigación policial.

Lo negué tres veces como hizo Pedro con Jesús, y aun así continuó el interrogatorio.

La natilla tenía grumos y un sabor horrible. No nos dejaron salir, así que almorzamos en la estación policial.

Pensé que terminaría congelada y sin poder hablar, como en la entrada de aquel teatro en Innsbruck. Llegamos tarde y la portera nos trató con desprecio. Nos sopló como a tres insectos que ensombrecen el blanco de una luz fría. Sandra estaba invitada por los músicos de la orquesta. Había tocado durante un tiempo con ellos.

—El concierto ya empezó, no se puede interrumpir.

Se cuadró la portera de la cara pálida y extremadamente delgada. Sandra peleaba con ella en alemán con buen acento cubano.

—Mire a esas personas como entran tarde.

—Shhh

—No me mande a callar.

—Shhh

—No me haga más shhh.

—Shhh

—Yo no soy una campesina.

—Shhh. Si no salen de aquí llamaré a la policía.

Al parecer la palabra policía se parece en todos los idiomas, *policei* fue lo único que entendí. En ese instante comprendí la soledad de Sandra. Desde niña le sangraban los dedos sobre su viejo chelo. Se casó y se fue a vivir con su esposo a Austria. Terminó sus estudios de música allá.

A veces, escucho de manera distante cómo llaman a algunos de los pasajeros que esperan desde hace tres días, como yo, y ahora nos vemos envueltos en el caso «Terminal».

Para los austriacos nada es de vida o muerte. Insofrible la portera, pensaba mientras la observaba. Luego de que nos botara del teatro, estuvimos media hora con nieve, esperando el intermedio para poder entrar. Mira que la mente es extraña.

—La última vez que viste a la víctima, Maikel Rodríguez Fernández, alias Mimí, fue en la entrada de la estación.

—Asentí.

¡Cobarde! Lo sabes todo. Tanto escribir de los sentimientos...para terminar sintiendo nada.

Esas frases retumbando en mis arterias como espasmos de una enfermedad.

Llené un acta. Me tomaron las huellas dactilares. Revisaron mi equipaje, y me separaron del grupo.

Yo era un témpano de hielo, inmovible, indiferente.

Fui la primera en abandonar la estación policial, ni siquiera me volteeé a mirar. En ese momento asumí que Mimí se había buscado su muerte y que no debía sentir el menor remordimiento por él. Mirar atrás significaba la culpa, la conmisericordia, algo con lo que cargaba desde mis siete años.

Sentí que mis lágrimas no eran mis lágrimas, sino las lágrimas de Liba, *la femme fatal de la rué de Trípoli*. Siempre he odiado mi nombre, así que elegí otro nuevo. Aún bajo la lluvia, decidí caminar hasta mi terminal. Las gotas empiezan a engordar y me golpean los pulmones. Le tengo terror a las gripes, a los virus. No me gusta enfermarme. Dicen que la tercera guerra mundial será biológica y que muy pocos se podrán salvar.

Ocupo el mismo asiento, siento el vértigo de un día que comienza repitiendo la rutina de otro día que recién terminó. Los restos de lluvia golpean en el cinc oxidado que sobresale de la marquesina. El tráfico nuevo inunda la vieja calle, y la fila de ancianos avanza para recibir la dosis de noticias del día provenientes del *Granma*, el diario cansado.

La lluvia barre la mugre de la madrugada, pero es mediodía otra vez. Mis lágrimas brotaron y la gente pensó que eran a causa del funeral, que aún pasaban por la televisión. Anunciaron que continuaría en los próximos siete días, para todo el que quisiera ver al presidente. ¿Estarán ensayando el velorio de Fidel Castro? Seguro será la nueva novena cristiana del último rey católico. Mi llanto se mezcla con la lluvia en mi cara, los dos son salados.

Hoy habrá dos funerales. La noticia de Mimí corrió de boca en boca, y el día se fue poniendo triste. Lo recuerdo vagando en la estación en busca de sus victimarios, que pueden estar ahora mismo entre nosotros, mientras Yeyé carga con la culpa.

Me quito los restos de noche de mis dientes y me descubro ojerosa, más delgada y culpable.

—Mi niña, ¿pero todavía tú no te has ido?

—¿Tiene papel?

—¡Sí, cómo no! En el lavamanos hay un pedazo de jabón también.

—Gracias.

—¿Viste eso? ¿Quién lo iba a decir? Me dijeron que Yeyé está metida en eso. Creo que fue por dinero, o no sé muy bien. Menos mal que me fui antes, porque han tenido a todo el turno de anoche interrogándolo.

Ya no puedo ver el dibujo de mi cara en el espejo del baño, me he quedado en blanco mientras la arrendataria me cuenta su versión de los hechos. A esta hora aún inmóvil en el viaje de la espera. Me lavo las manos y, conmigo, Pilatos y Lady Macbeth. La espuma negra se esparce por el esmalte. Me enjuago con el agua helada, lo que resalta la palidez.

Permanecí impávida frente al crepúsculo de Mimí, como una instantánea que detuvo el tiempo en su cuerpo. A fin de cuentas yo maté a alguien, pero no fue a Mimí. Si todos ellos supieran lo que hice. Una vez más me ahogué en mi propio llanto.

Es el carácter lo que define el destino de un personaje:

- *La ambición de Emma Bovary.*
- *La infidelidad de Anna Karénina.*
- *El sex-appeal de Marilyn Monroe.*
- *La máscara de Mimí.*
- *La culpa de Mailin, Lynn y Liba.*

La madrugada inmovilizó mi destino.

Soy Liba, detenida en un banco de pino azul.

Mimí ya es libre, mi alma sigue presa.

La libertà non si tocca, si può solo comprarla e venderla.

Una nueva página en mi diario me devuelve a tierra.

Yeyé traía mucha prisa anoche, ¿por qué se desvió? Miro a todos ahora con sospecha. Vi en una película surcoreana que cuando se investiga la muerte de al-

guien, no se puede confiar en nadie. Llegó el maletero. Me hace una seña de que lo soltaron. Ayer éramos desconocidos, hoy somos remeros de una misma barca. Somos culpables. Estoy segura de que Mimí hablaba con sus asesinos, cuando lo vi a través del cristal. Así que uno de ellos, la tiene chiquita (el gesto de la víctima delató a su victimario). Pero no voy a buscar debajo de los pantalones de nadie, así que esa información no me sirve de mucho. Además, no confío en el sistema de medida de Mimí, a lo mejor lo dijo por despecho.

¿Será cierto eso de que las mujeres siempre miramos para las portañuelas? El hombre de las maletas, anoche, después de cerrar su ventanilla, desapareció. Cuando almorzamos en la estación policial, se puso nervioso y le sentí olor a alcohol. Me pareció leer que nació en Camagüey. En la foto del carné tenía bigotes afrancesados, un poco cheos ahora, al estilo de Julián del Casal. Le gusta ser el centro, hacer chistes de mal gusto y fuera de lugar, es de esos que te tocan mientras habla, y te señala. Me sonrío mientras coloca un cartel *Estoy en el baño*.

Puede que haya sido homofobia, como le sucedió a aquel actor de televisión famoso, Miguel Navarro; o a Franco, no recuerdo su apellido, el director italiano de teatro. A los dos los asesinaron en la casa.

El mismo patrón: sexo en tríos. Los extranjeros, especialmente, se descocotan en la isla, porque Cuba es como Las Vegas. Aquí se olvida el olvido. Los asesinos de la isla, los mata-pájaros-viejos. Los Adonis-pingüeros se mueven de las provincias hacia La Habana. Visten bien ajustados. Exhiben sus bíceps y sus tríceps. No discriminan entre un extranjero o un cubano de buena posición económica. Usan su carne fresca como señue-

lo y se enmascaran en la jungla de concreto y asfalto. Las víctimas que los coleccionan, disfrutan de los nuevos torsos y tersos cutis, a cambio de ser degollados por un poco de dinero y algunos trastos electrónicos. Se les dice HSH a los que tienen sexo con hombres, pero no se sienten homosexuales. Los que se prostituyen pueden llegar a matar a sus víctimas, bien por estupidez, bien porque son testigos de su vergüenza, lo cual es doblemente torcido. Yo no reparé mucho en aquellos hombres. La imagen de Mimí era grotesca, de modo que opacaba a todo el que caminara a su lado. Sin embargo, aún me golpea su vozarrón gritando:

—¡La tienes así!

Voy al baño a lavarme las manos.

—Lo recogieron y lo colgaron. Colgado por las piernas, como un animal.

La esposa del hombre de rojo regresó espantada por lo que había visto. Estuvo en la morgue, no explicó por qué. Veo a la mujer en la mirilla del rifle de un cazador, pero ella apura el paso como si presintiera el plomo apuntando a su cabeza. Su piel parece un periódico estrujado, producto del sol. Tiene las manos ásperas y las venas a punto de explotar. Sus ojos adormecidos, ignoraron atardeceres... semanas... estaciones... y transformaron el pelo sedoso en greñas cenizas, que cubren el labio superior mientras habla y gesticula. Unos hematomas en los antebrazos delatan la fragilidad a causa de la delgadez. Las manchas en las manos y el crecimiento de los cartílagos son aún incipientes, para su suerte. Finalmente, la pierdo de vista justo en el momento en que me dice que en la nueva lista hago el número dieciocho. Su esposo sigue en la estación policial, me pareció entender. Me salgo del nuevo grupo y no me reconozco. En el cristal veo a un rostro extraño... mi rostro.

Aborrezco la tarde.

Queda un poco de batido en el vaso y azúcar en el fondo.

Hay un universo gravitando en mis manos ignorantes del tiempo.

Bebí el último sorbo y bebió la humanidad conmigo.

Las lágrimas nuevamente brotaron como en hemofilia.

Sentí el cuerpo... el único equipaje que va conmigo a todas partes.

Otra lágrima descendió por las mejillas y humedeció los labios.

Hay sal en el paladar

La Espera	9
Enfermedad de mamá	23
El paraíso perdido	27
El alma de las muñecas	34
Bebo más grande	39
Los Asesinos	41
El pasado.	55
Exhumación	60
Los Viajes	62
Tiempos especiales	69
Mentir	75
El drama	81
La muerte del padre que era mi vecino	84
M y E	86
La verdadera historia de E	91
Un poema de amor y excitación	95
Mi amigo I	97
Desde la distancia	101
Del pintor de la corte y otros demonios	106
Expulsando <i>El Amante</i>	111
La vida Facebook	113
El universo de F	117
Ética médica	121

Representación	124
Arena y sal	127
El reencuentro, el sueño, la pesadilla	134
El antes	140
El Ahora	143
Humanidad	145
<i>Fuck me, Karl Marx</i>	148
Atenuantes.	152
Yo maté a Fidel Castro	154